

cubre en las cerradas zonas terrenas trozos de cielo. En todas partes, hasta en las menos seguras, ofrece germen de ideas, distracción y placer. Por cierto que no rehusaremos a combatir otras obras que presumen una gran sapiencia y no saben plasmar vidas con el prestigio del arte.

LA ROSA EN EL HEMISFERIO. Poesías, por *Olga Acevedo*.—Editorial Nascimento. Santiago.

Algo extraño nos pasa con este nuevo libro de *Olga Acevedo*. Algo que no sabemos si es decepción o es desilusión; si es por el libro o es por nosotros. Tal vez sea por lo último, por lo que haya en nosotros de posible incomprensión.

Habíamos recordado siempre, con el mismo fervor con que los leímos hace algunos años, esos dos versos tan hermosos, de la más hermosa y sutil sugerencia, del *Arbol Solo*: «Una rosa de fuego cunde en mi seno izquierdo, hasta encender las últimas raíces de la ofrenda», y pensábamos ahora encontrarnos en esta *Rosa en el Hemisferio*, precisamente, con iguales aromas que nos embriagaran en igual fervor. Pero no los hemos encontrado. No nos hemos embriagado con otro sorbo lírico así tal.

Quizá haya en este volumen versos tan buenos técnicamente como los que hemos recordado; pero no los hay tan felices, de tan acertada expresión de belleza. Quizá los pétalos de esta *Rosa* sean más perfectos en general, más ricos de colores, con más relieve y opulencia; pero no tienen la inusitada unción de aquellos, la virtual belleza que se prolonga en emoción hasta nuestra sensibilidad. Es cierto que aquellos eran casi una excepción en el *Arbol Solo*, y cierto es que en este nuevo libro la calidad de toda su poesía es de una pareja superioridad.

Si en la obra anterior de *Olga Acevedo* anotamos alguna

indecisión, en la presente nos parece ver cierta obstinación. Un alto deseo de superarse. Su poesía tiende ahora a hacerse más libre y personal, y logrará serlo absolutamente, sin duda alguna; pero por desgracia, aún rebrotan por ahí escondidas influencias; aun pintarrajean la tersura y lo natural de su verso cosméticos del botiquín de Neruda, y aún se le escapan en los momentos de preconcebido fervor algunos hondos vocativos a lo Gabriela Mistral. Sólo el tiempo irá soterrando lentamente esos sedimentos de aluvión e irá levantando la fisonomía del propio paisaje lírico: esa es la obstinación de Olga Acevedo. Quedarán entonces por bajo su nivel estético expresiones como esas de «duros dientes marinos»; «Llevo eso sí»; «propulsando gestiones»; «¡Dios levantó mi cilicio!»; etc.

Esos son los defectos o efectos ajenos; sus propias cualidades y defectos, por personales y espontáneos, nos son de una superior significación. Así, por ejemplo, en la poesía titulada «Luna llena», en la que ha vertido la más íntima emoción, empañan la transparencia eglógica de la imagen, palabras inapropiadas o incorrectas, adjetivos de mal gusto:

«Dulce oración del alma de la tierra dormida
bajo el beso del *regio* plenilunio estival.
Diríase el silencio de la entrega encendida
o el éxtasis profundo de un instante *glorial*.

(Pág. 25).

¿Mal gusto o descuidos al azar? En otras composiciones, de un motivo más deshumanizado, no se advierten estas pequeñas divergencias entre el fondo y la forma; probablemente porque ésta queda supeditada en absoluto por aquél. Una de las más hermosas del libro, juntamente con «Tránsito», es la que titula «Esfuerzo», llena de luz e ideas hermosas dentro de la subversión de la forma poética. Es en realidad un grande esfuerzo el poder hacer una bella poesía en una forma que es la nega-

ción misma de la poesía, la que, a nuestro parecer, es «lo bello» en todo sentido.

Creemos que Olga Acevedo, buscándose a sí misma, se pierde ahora en torno de sí. Nosotros quisiéramos que se buscara directamente hacia adentro, hacia donde «esa rosa de fuego le encendió hasta las últimas raíces de la ofrenda». Ahí, en el lado izquierdo está la llama que cunde y cunde, y en la que se abrasa, sin quemarse, como el pájaro Fénix, la inquietud poética. Lo demás es cuestión de procedimiento y tiempo. Vale decir, de realización y depuración.—GMO. KOENNEKAMPF.



VIÑA DEL MAR. Poemas de *Oscar Jara Azócar*. (Prólogo de Augusto d'Halmar).

«Canciones de juventud», el primer libro de versos de este poeta, que hace cinco o seis años editara Nascimento, fué el anuncio de la obra más reposada y de más enjundia que es esta de ahora. Si había en su libro inicial, a la vez que aciertos prometedores, clara insuficiencia de forma, este «Viña del Mar» (1) muestra el largo camino andado y el provecho conseguido.

En firme ejercicio de sencillez, convencido de que el arte grande no es lo trascendente sino lo humano que emociona, Jara Azócar está muy cerca de lo que persigue. La elegante soltura de sus descripciones líricas queda a la vista en su «Viento del mar»:

Muerde y desgarrá el viento las aguas y los cielos,
empina y despedaza los collares de espuma,
gira en los hondos pliegues más negros de la noche,
cabrilla crispándose sobre la arena oscura;

(1) Imp. La Gratitude Nacional, Santiago, 1937.